



La 2ª parte a L. Hosp.
avenida

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

CULTO AL PORVENIR

(Para LA NACION)

SALAMANCA, diciembre de 1913.

No puede negarse que Marinetti, el futurista, es a ratos un escritor bastante divertido. A condición, por supuesto, de no hacer demasiado caso de las cosas que escribe.

Su receta es cómoda y se reduce, «pour épater le bourgeois» a dar que hablar y que reír, a propugnar lo contrario de lo que pasa por sensato. Es, en el fondo, un perfecto filisteísmo y lo menos revolucionario que cabe. Sus innovaciones, todas artísticas, son perfectamente inocentes. Ni él mismo las toma en serio. La cuestión es pasar el rato, como decimos por acá, sin adquirir compromisos serios y hacer que su nombre suene. Cosa muy fácil, sobre todo, como parece le pasa a Marinetti, cuando no se tiene el sentimiento del ridículo.

Pero Marinetti, este «enfant terrible» del arte, ha logrado hacerse simpático a muchos con sus travesuras. A muchos que no toman en serio, claro está, las tales travesuras. Lo peor es que abusa del tópico y les da demasiadas vueltas a las cosas.

No conviene, sin embargo, rechazar de plano todas sus... llamémoslas teorías, y como en el fondo Marinetti es, como os decía, un buen burgués, «un bourgeois malgré lui», mientras llega el día en que se nos vuelva preteritista, no estará de más tomar nota de algunas de sus «boutades».

Claro está que eso de futurismo no es más que una palabra, una de tantas palabras terminadas en ismo que nos dispensa de pensar por nosotros mismos, pues una vez fraguada ella misma va pariendo consecuencias. Consecuencias puramente verbales, por de contado. Lo mismo da de-

cir futurismo que preteritismo, que presentismo o que eternismo. En rigor, maldito si tenemos un concepto claro del pasado, del presente, del porvenir, del tiempo y de la eternidad. Toda esta es metafísica vulgar, la peor de las metafísicas.

Querer discurrir sin lugares comunes equivale a querer respirar sin aire. Lo que hace falta es repensar los lugares comunes, apropiárselos, renovarlos y conseguir que una idea tan vieja como la conciencia humana parezca recién nacida. Al lugar común repensado, renovado, renacido o renaciente, es a lo que se le suele llamar paradoja. Y así como se ha dicho que la paradoja de hoy será el lugar común de mañana, cabe retrucar diciendo que el lugar común de hoy será mañana paradoja. Y es un lugar común paradójico el de que el progreso es progreso de tradición—para que un carro o una nave marchen es menester que haya carro o nave, me parece—y la tradición es tradición de progreso, y lo es también que el porvenir es porvenir de un pasado y el pasado es pasado de algo que fué porvenir.

Es uno de mis aforismos favoritos, y del que acaso abuso, el de que las esperanzas se construyen con recuerdos y que aquél

que no tiene pasado, que no tiene historia, no puede prever su porvenir. El camino por recorrer no es sino proyección del camino recorrido. Toda nuestra vida se basa en la previsión, y la previsión supone el conocimiento del pasado. El que un astrónomo predetermine el punto y el momento en que se cumpla en el cielo un cierto fenómeno astronómico—un eclipse, verbigracia—es tan preteritismo como futurismo. Un porvenir sin pasado es un porvenir vacío. Y basta de vulgaridades.

Claro está que el amensísimo Marinetti, cantor del automóvil y el aeroplano, sabe bien que no habría automóviles si no hubiese habido carretas, y aun más, y es que si desapareciesen todos los vehículos anteriores al automóvil acabaría por desaparecer éste. Marinetti sabe que la conservación de las reliquias del pasado es condición precisa e ineludible para que nazcan las flores y los frutos del porvenir. Alguien dijo que hay que arrasar las tumbas para dejar sitio a las cunas, pero es más económico convertir las tumbas en cunas. Se ha dicho que cuando ya el viejo arado romano, suplantado por el de vertedero, no sirve se le convierta en ídolo, y yo creo que algún día se arará la tierra con ídolos.

Pero con todo ello no está del todo mal esa campaña que lleva ahora Marinetti para que no se convierta a Italia, su patria, no más que en un museo para los «badans» extranjeros que como turistas la recorren. Es cosa que molesta a no pocos italianos, y con razón, el que se crea que Italia no es más que un cementerio y que no hay en ella cosas y hombres vivos que valen tanto como los de cualquier otra parte. Y lo mismo nos pasa en España. El inglés, francés, alemán o yanqui que va a Italia o viene acá no más que a buscar el reflejo de los siglos que pasaron nos insulta a los españoles y a los italianos de hoy, que valemos de ordinario bastante más que ese pobre mequetrefe, a quien su ignorancia le hace petulante.

Son vulgarísimas reflexiones fundadas en lo que un inglés que conoce y quiere a Italia. Mr. Richard Bagot, ha dicho en un libro que traducido por Juan L. Zaltavull y con un prólogo mío acaba de aparecer en castellano. Se llama: «Los italianos de hoy».

«Son muchos—dice Bagot—los libros ingleses que tratan de Italia, de su arte, de su historia, de sus monumentos, de su pasado glorioso, pero son pocos los que se ocupan de su presente y de la vida doméstica, de los caracteres y de las aspiraciones de los italianos de hoy. Nosotros, ingleses, hemos sufrido la equivocación de asociar nuestro amor tradicional por Italia con una casi total indiferencia hacia los italianos o con un erróneo concepto de estos italianos. Esto ha dado por resultado—no titubeo en afirmarlo—que la así llamada amistad inglesa para con Italia no ha sido acogida por los italianos con aquella cordialidad que se habría obtenido si quien la profesaba no hubiese demostrado claramente que consistía en una admiración estética y sentimental por una Italia del pasado, más que en un simpático aprecio por el fuerte, viril y valeroso pueblo





que ha hecho y está haciendo la Italia de hoy.»

En otro pasaje nos pone Mr. Bagot en guardia contra los que juzgan a otro pueblo extranjero tomando por tipo el emigrante que de éste llega a aquél. El emigrante parisina vez es bien juzgado, y aun juzgándolo bien, no representa, ni con mucho, el tipo medio de un país cualquiera. Es, por lo menos, un desarraigado de grado o por fuerza. Y a este juicio sonero y nada imparcial se exponen en América tanto los italianos como los españoles. El emigrante es casi siempre un pobre y el pobre es siempre y en todas partes si injustamente tratado, más injustamente aún juzgado. Y más en países nuevos, envanecidos con su riqueza. Lo que sé yo muy bien, por haber sido testigo de la brutal injusticia con que en mi nativo país vasco se juzga al pobre inmigrante castellano, gallego o aragonés, al *maffeto* como allí le llaman los bárbaros beocios envanecidos con una riqueza amasada con el sudor de ese *maffeto*. Y encima relinchan proclamando una superioridad que no se cuidan de afirmar más que con relinchos y otras groserías de vacua petulancia. Mientras se trata de colaborar a la producción llaman al de fuera, pero así que llega la hora de repartirse el producto se vuelven contra él. Es lo humano.

Más dejando esta digresión de desahogo, vuelvo a aquello de que no es cosa de que convirtamos nuestros países en meros museos de antigüedades para satisfacer la vanidad de los turistas, que se contentan con decir que han visto algo famoso sin haberlo en realidad visto. Y no es que yo, como Marinetti, clame porque se derriben todas esas obras del pasado, las venerables reliquias de lo que fué. Todo lo contrario, soy de los más ardientes defensores de su conservación. Pero, ante todo y sobre todo, para nosotros, no para los que vengan a visitarnos como a vichos raros. Me duele el que toquen a cualquier monumento, por insignificante que parezca, de lo que fué; pero me duele por mí, por nosotros, no porque así nos lleguemos a ver privados de la propina del turista. No es por fomento del turismo, es por defender el alma por lo que defiende esas reliquias. No creo que debe tenerse en casa el retrato del abuelo o una reliquia de su labor en vida para que vengan a contemplarla los de afuera, sino porque es del abuelo, por culto a nuestros muertos, que es el culto a los aun no nacidos, a los que vendrán. Puesto que es por culto al porvenir por lo que predico el culto del pasado. Sé que mis descendientes nonatos, que piden vida desde el fondo de mi conciencia, no son más que las almas de mis ascendientes que piden resurrección.

Aquí, en esta ciudad de Salamanca, en que vivo y trabajo, me he esforzado siempre por evitar que se la descaracterice, que se le arranque su alma tradicional encarrada en sus gloriosos monumentos dorados por soles seculares. Me duele el que derriben o siquiera desfiguren cada una de esas severas fachadas de las viejas casas solariegas, con su escudo en un limpio paramento, con sus enormes dovelas. Y es porque creo que el cuerpo

de piedra en que se encierra el alma de esta ciudad es una constante lección de espiritualismo. De espiritualismo, digo, y no de idealismo, que no es igual, ni mucho menos. Es espíritu más bien que idea lo que esta ciudad nos predica.

Pregona eternidad tu alma de piedra y amor de vida en tu regazo arraiga

escribí hace ya unos años en una oda a Salamanca que ha logrado cierta fortuna.

Sueño de no morir es el que infundes a los que beben de tu dulce calma, sueño de no morir ese que dicen culto ~~de~~ la muerte.

Algo de verdad contendrá esta estrofa de esa mi oda cuando Manuel Gálvez la ha reproducido en las páginas de esta ciudad de Salamanca dedica en su libro, del que os dije que es generoso, con la más difícil generosidad, la de la justicia, «El solar de la raza». Dios se lo pague.

«Quizá no haya entre las ciudades españolas verdaderamente castizas—escribe Gálvez—ninguna tan admirable de belleza y de carácter como Salamanca... En Salamanca se concentra el renacimiento arquitectónico español. Pero mientras la Edad Media perdura aún en el alma de muchas ciudades castellanas, el Renacimiento sólo se conserva, por lo menos de una manera total y evocadora, en Salamanca. Por ello esta ciudad es única en España. Además, el carácter individual del Renacimiento español, que difiere tan fundamentalmente del italiano y

del francés, acentúa hasta el prodigio la emoción personal de Salamanca. El Renacimiento español no tiene la frialdad ni la objetividad materialista, ni esa semi-condición de «pastiche», que hace anti-páticos y secundarios al Renacimiento francés y al italiano. En la arquitectura plateresca, al revés, hay calor y sentimiento, cierto misticismo, discreto y amable, y una gran sinceridad.»

Y, además, tenemos aquí el soplo de los Churriguerras, que fueron salmantinos. Como al entrar una vez yo con un turista francés, que me había sido recomendado, en la soberbia iglesia de San Esteban, la del convento de dominicos, exclamara él, el turista, frente al retablo—un retablo espléndido—de uno de los Churriguerras: «voilà l'emphase espagnole!» le atajé diciéndole: «oui, monsieur, mais dans les esprit de nature emphatique l'emphase est nature!».

«La espiritualidad de Salamanca!—exclama Gálvez—Es una de las cosas más consoladoras para el viajero idealista en medio de la Europa materializada. En pocos lugares de la tierra ha de encontrarse tanta espiritualidad, sobre todo en el sentido que doy aquí a esta palabra.»

Quisiera poder ponerme al habla con Manuel Gálvez para que viniéramos a un acuerdo, que estoy seguro vendríamos a él, respecto al sentido de eso del espiritualismo, que a las veces parece él confundir con el idealismo. Poco antes de lo transcrito escribía Gálvez que el Renacimiento italiano y el francés interrumpieron la evolución lógica del arte, que los

lliqu
lliqu

llb

l/s





hombres de aquella época pretendieron resucitar el arte griego y el romano, sin pensar en que catorce siglos de cristianismo habían ahondado ya su espíritu en el corazón de la humanidad. Sin entrar a dilucidar ahora y aquí hasta qué punto sea justa o injusta esa acusación a los Renacimientos italiano y francés, el hecho es que la resurrección del arte griego era obra de idealismo. Lo helénico es sobre todo idealista, lo católico, lo medioeval, es espiritualista. Y aquí, en España, nuestro Don Quijote, libre de todo sistema lógico, es decir, idealista, fué un espiritualista. Sólo faltando a la precisión pueda llamársele idealismo el espiritualismo de Don Quijote. Y en cambio el materialismo puede ser idealista. Como que la materia no pasa de ser, para nosotros al menos, una idea.

Cohen, ese formidable saduceo idealista, dice en su «Lógica del conocimiento puro» («Logik des reinen Erkenntniss») que «Dios es un interés de la Edad Media!» El idealismo disuelve a Dios.

«Los dioses de los artistas del Renacimiento—sigue diciendo Gálvez—no evocan jamás los dioses griegos y romanos, y sus santos, pintados sin fe, simulan zurdamente la santidad. Nada de esto sucedió en España. La arquitectura plateresca que continúa en cierto modo el arte medioeval, es cristiana, castiza y realista...» Esta es la palabra, realista. Y el realismo es lo opuesto del idealismo, pese a todo eso de idealismo realista y de realismo idealista, que en cierto otro sentido se justifica. El que es realista es el espiritualismo. Y en la edad media era espiritualista y realista a la vez.

Como peso del cielo en la tierra
resplande tu pompa,
Salamanca,
del cielo platónico
que en la tarde del Renacimiento
cabe el Tormes Fray Luis meditando
sofiara.

Esto escribí, algunos años después de la oda, en otra poesía dedicada a esta ciudad en que se ha soleado mi alma.

«El recuerdo de Salamanca—acaba diciendo de ésta Gálvez—durará siempre en mi alma; porque la ciudad secular es foco de espiritualidad; porque ella ha revelado a mi subconciencia las raíces de la raza; porque toda ella no es sino arte hecho piedra y finalmente, porque ella fué la última visión que han tenido mis ojos de la sublime, de la eterna España».

Esto escribí quiza no hizo sino pasar por la ciudad; ¿qué diré yo que en ella vivo casi desde que constituí familia propia y que en ella pienso morir? El alma de piedra de esta ciudad me habla, como le habló a Gálvez de la eterna España, de la España que no es de ayer, ni de hoy ni de mañana, sino de siempre. Y mi culto al porvenir no es, como mi culto al pasado, sino culto a la eternidad. Sólo hay una cosa que disuena con lo eterno, y es la moda, la ridícula moda.

MIGUEL DE UNAMUNO.

